



Seré Caballero de oración y cruz, luz sobre el sendero de la verdad. Abrazaré tu carne y tu madera para saciarme de amor, seré palabra nueva en un sol de plegarias. Una herida en mi alma endulza el camino a esta tierra santa; me hace despertar del silencio, me embriaga en la lucha por la libertad, libertad de mis hermanos cristianos que mueren por mis creencias en otras tierras. Andaré mil caminos con el sol del mediodía, cabaré mi tumba de terciopelo si es necesario, imploraré al cielo de la tarde haciendo sombras de espada en el crepúsculo sangriento, espada que es mi palabra, mi fe. Caminaré descalzo en la noche en una letanía de oraciones amargas.

He buscado la señal en tierras solitarias, en templos y bosques. He viajado con la mirada perdida en mis adentros, he mutilado el pensamiento en un amasijo férreo de reflexiones, he caminado al lado de los camposantos para intuir una verdad prestada. He caminado descalzo por caminos de bronce para subrayar el frío de mis pisadas. Quiero ser hermandad, fluir en los espacios únicos del gran Dios reencarnado en luz infinita y he volado altivo en nubes de fantasía para arrancar un beso divino de las alturas, he llorado por un suspiro de Dios en mis mejillas, he silenciado los ecos amargos del pecado y mutilado de los abismos puros al enemigo del espíritu auténtico. Cruz en alto he batallado en mil tierras de abandono, mundos donde evangelizar un solo corazón atemorizado, una esfinge mutilada de bondad y dulzura. He logrado sentirme un solo corazón latiendo en la tibia noche de los tiempos susurrando oraciones como cánticos de madrugada. Cruz patriarcal que me honra en este ocaso de virtudes, en la orilla tibia de mis plegarias, en la luz azul y divina de los caballeros que prestaron su vida a tanto amor heredado.

Es nuestro objetivo, nuestra forma de ser y adaptar la vida templaria al s. XXI. Al constituir la Tercia de Jaén, teníamos claras unas funciones muy concretas que nos aportarían las necesidades cristianas de nuestra actitud ante la fe, unas necesidades que nos aportan una espiritualidad de vida cotidiana, de recrearse en el bien por el bien, en la solidaridad, la empatía hacia modelos sociales reprimidos, vástagos del imperio de la economía y los modelos de consumismo y enriquecimiento. Por eso, para nosotros, los templarios jienenses, la caridad es el pilar de nuestro ministerio como tales caballeros implicados en las necesidades de los "apartados" de la sociedad.

La globalización mundial hace que el perfil de hermano, en nuestra propia tierra, se amplíe a varias razas y culturas que inmigran a nuestro territorio, nuestro campo de acción. Tenemos que ser conscientes que el compromiso cristiano ha de ser, al mismo tiempo, un arduo trabajo en el abanico de posibilidades que se nos ofrece desde las diferentes necesidades de hoy en día. Son muchas las familias que, debido a la actual crisis, producen un nuevo reto en la sociedad cambiando el perfil de las condiciones pasadas de pobreza, carencias y falta de estímulo económico, social y profesional. Así, nos encontramos con la necesidad de reprogramar y reinventar el siempre enriquecedor sentido de impartir caridad cristiana.



La Tercia de Jaén, debido a todo esto, trabaja, con toda la seriedad y rigor de que somos capaces, por atender esas necesidades nuevas para la sociedad, nuevas para nosotros y, que duda cabe, nuevas para esas familias que, hasta hace poco, poseían una vida encaminada a un proyecto de futuro sin fisuras, sin grietas de unas condiciones económicas y políticas que les llevan, inevitablemente al fracaso, a la dependencia de los recursos sociales, a la nada agradable situación de pedir ayuda, recursos, apoyo en un mundo que se hunde poco a poco a sus pies.

Cada tierra viene marcada por unas necesidades según el medio de vida de la que se abastece. La tierra de Jaén, olivarera en su alma, industrial en un graznido peligroso de derrumbamiento, se resiente de su actividad económica proliferando en demasía la necesidad de recursos desde todas las entidades y asociaciones. Por este motivo hemos decidido integrarnos en el Consejo Parroquial de Caritas de la Parroquia de San Amador y Santa Ana para aunar esfuerzos y trabajo con los demás grupos parroquiales que la conforman. El Temple en Jaén, concretamente en la ciudad de la que somos mayoría sus Hermanos, es decir Martos, está trabajando en todos los recursos que ofrece Caritas, en la vida Parroquial, en la sociedad marteña, en la asistencia de aquellos que requieren nuestro servicio que nos reconforta en la vida templaria que tanto amamos.

Hemos estado presentes en el Comedor Social que se ha abierto a tal fin, asistiendo a inmigrantes, que tanto proliferan en esta época en nuestra ciudad, y a marteños en una situación de vida precaria y con un nuevo perfil de familias normalizadas que, como dije antes, debido a la crisis, pasan momentos de auténtica penuria. Además de este trabajo solidario, también estamos haciendo caridad con recursos propios y personales de los miembros de nuestra Tercia abasteciendo con bolsas de comida y cestas de Navidad a familias, que según criterio nuestro y hecho un estudio exhaustivo de las condiciones de vida, hemos considerado las más apropiadas para su intervención. Bien es cierto que nuestras posibilidades se ven limitadas por las grandes necesidades, pero, también es cierto que la aportación regular y sistemática de nuestros objetivos caen profundamente en el desarrollo de la caridad marteña. También estamos en contacto con el párroco de San Amador para cubrir necesidades menos básicas pero también, creemos, importantes para el acercamiento de familias a la Iglesia, a la vida cristiana. Para eso tenemos programadas en nuestra agenda de trabajo visitas a enfermos y mayores para dar el calor y cariño del que tanto carecen estas personas y queremos, más adelante, en conjunción con nuestro carácter cristiano y evangelizador, facilitar recursos tales como la ayuda a niños que quieren hacer su primera comunión ofreciéndole los recursos necesarios para que así satisfagan sus creencias y el deseo de ser cristianos. Compraremos trajes de primera Comunión si es preciso si con eso facilitamos ese acto tan único y esperanzador de la construcción de una vida cristiana.

Siempre hemos querido que sea nuestro camino, un camino de solidaridad, de unión con los cristianos, de vida encaminada a los demás; y para eso, la Tercia de Jaén,



nunca dudará en encaminar sus objetivos, dentro de la Orden, en beneficio de los más necesitados en pro de una convivencia más humana, solidaria y cristiana.

La oración en nuestra Hermandad es el símbolo de una realidad, la advocación que se funde en los rostros sumergida en roja cruz. Oración a los pies de su santa madera. La luz de la oración; la de la soledad en cualquier tarde de reclinatorio, la del retiro a monasterios de sombra y piedra. Todos los sueños, anhelos, se visten de blanco a las puertas de un templo de historia, en los balcones lejanos de las campanas cómplices de los llantos de Amargura, de los rezos del Cristo angustiado. Silencio entre olivos oscuros, en sus hojas clareados por rayos de luna.

De rodillas el templario es más divinidad, más espíritu noble, más digno sucesor de ángeles bellos. El blanco sol del amanecer, con la mirada bien alta y los ojos cerrados, es plenitud de lamentos al hombre que nace, a la vida nueva que despliega sus alas de manto blanco y cruz bordada. Nuestro lema es para tu nombre, para el amor de tus últimas palabras, palabras de cruz martirizada, poesía de siglos sobre sangre divina unida a nuestras lágrimas. ¡Cuánta belleza en una espada esculpida a golpe de dulces palabras por pronunciar!

Recién investido el Caballero nace a la esperanza, a la ilusión de ser más espíritu en la batalla del día, a honrar su alma con los mantos benditos por el Dios de la humildad, de la hermandad y el sacrificio, sacrificio que es un bálsamo de fe, amor, responsabilidad de saberse lícito defensor de Cristo. Un canto de ángeles nos inunda el corazón hacia paraísos de bellos dorados, en los acantilados tallados con su santo rostro, en la fuente dónde beber de la sabiduría de sus palabras, alentados por la esperanza de hacerse válidos en el ocaso de los tiempos, versátiles de oraciones nuevas, presagiando triples besos de hermandad, ungidos y hastiados de paz, reconfortados y bautizados para ser esclavos de Dios. La palabra es bella en el corazón del templario, ¡cuántas palabras por pronunciar....!

Mi aportación en esta pequeña reflexión pasa por la unión compartida de unos templarios que acreditan y exigen una cultura de fe, de compartido entusiasmo por aquellas tradiciones que nos definen y enorgullecen. Las palabras quedan muertas ante tanta sensación plena de desconfianza y orgullo; los testimonios de nuestras palabras no son más que opiniones nacidas de lo más profundo de nuestros individuales corazones, de lo más íntimo de nuestras propias experiencias. Ser templario es compartir, convivir, intercambiar deleites y penas, comunicar las inquietudes que, seguro, serán compartidas gracias a los medios de comunicación de los que hoy en día disponemos. Templarios somos todos, todos lo que deseamos participar en cenáculos abiertos a la expresión de lo más sagrado que Dios nos ha dado: la comunicación inteligente que nos separa del comportamiento animal, el intercambio racional de opiniones únicas, válidas en su contexto, admitidas democráticamente por receptores comprensivos que si no comparten sí respetan las ideas y sentencias sentimentales del que, libremente, expresa su opinión.



El Temple no somos cuatro, somos decenas de voces que anhelan ser oídas, que siempre serán admitidas en nuestras confortables veladas de amistad y hermandad. Tú, que en entusiasmo lees este artículo; tú que incrédulo nos escuchas; tú que en serio gesto no quieres entender; tú que en libertad eres poseedor de ideas, tú que atento me escuchas, eres parte, si así lo deseas, de nuestros debates, nuestros intercambios de experiencias y sensaciones que nos enriquecen y elevan a la categoría de seres pensantes y activos en la vida social y cristiana de nuestra Orden.

La dignidad de nuestro nombre se perpetúa aunque los nombres propios desfallezcan. El objetivo primario de nuestras acciones siempre estará latente en los que desean dialogar y compartir. La actividad es el medio, el aprendizaje anónimo e íntimo la más grande de las satisfacciones. La intimidad de una charla amistosa la esencia misma de la sabiduría, no docta sabiduría sino enriquecedora plenitud del alma que ansía desvelar sus más íntimos anhelos de paz y equilibrio ante tanta calamidad humana, tanto engaño y opinión inválida, tanta pobreza humana que huye de la satisfacción de ser una misma parte de comprensión, tolerancia y amor por lo puramente humano, lo puramente divino que, indudablemente, vive en el interior de cada uno de nosotros.

El avance del s. XXI es, precisamente, que la apariencia de vida se equipare con la perfección de metas. Nada más lejos de la realidad, nada más carente de significado. Las metas se confunden con una belleza irreal, adornos de vida superficiales que nos separan de lo espiritual. Decir hoy en día esta palabra provoca rechazos porque no es productiva, no nos hace avanzar en un mundo artificial, se vuelve demasiado “cruda” y molesta, distorsiona, separa del progreso. La vida se está transformando en un cúmulo de mejoras extras a nuestra capacidad humana dónde, el éxito, la autoconfianza, pasa por el poder, la riqueza y la desilusión de valores que puedan darle forma. Lo tradicional, costumbrista, los ritos, la familia, la amistad y hermandad son sinónimos de estancamiento, regresión, formulismos conformistas nacidos para consuelo de no estar en el vértice de la pirámide.

Pero en ese conformismo se rechazan, incluso, dogmas tan significativos como la supervivencia, el coraje de vida, el orgullo de sentirse válido en una sociedad carente de un motor común que la alimente, un poder interno que nos haga conciencia colectiva y nos involucre en los problemas ajenos. No se puede dar la espalda a tanto sufrimiento, deshumaniza el presente e hipoteca un futuro en el que debemos sobrevivir. Esa fachada de engaño encierra algo podrido que muere sin solución alguna, sepulcros blanqueados que al final serán ruinas, amasijos de podredumbre humana y que ya, aún en su belleza exterior, encierran la podredumbre y la miseria.

Debemos de blanquear los sepulcros aún en sus interiores, en las zonas prohibidas, esas que cobijan los secretos de los restos, de las conspiraciones, las amenazas y la desilusión. Una fe transparente que nos alimente desde el amor que Cristo profesó en su propio sacrificio, en la entrega de su carne como alimento de vida y



en la copa de su sangre como redención de pecado y promesa de vida eterna. Blanquear todos los sepulcros de la sociedad en la que nos hayamos inmersos, despojar de egoísmos y falsedades a esta humanidad perdida, reconducir la vida, los valores, el amor y la hermandad. Cuando, bajo el azul cielo de la vida eterna, vuelvan a brillar los sepulcros de la tierra, el hombre habrá evolucionado o, al menos, su retroceso no lo habrá envuelto en la gris sombra de la soledad. Debemos mostrar nuestro interior sin miedo, sin cárceles de materiales placeres que nos aparten de lo divino, espiritual, humano. Dios es solo eso, amor, y del amor no se reniega porque en él está la esperanza, la ilusión, la vida, el camino a la comprensión, la caridad, el hermanamiento definitivo de los llamados Caballeros Templarios.

Una herencia espiritual que hemos de dejar con nuestras oraciones, nuestra vida en común desprendida para todos los cristianos, sin apego personal de materialidades egoístas.

Esa autenticidad de vivir el temple define el verdadero sentimiento de los templarios. Vivir nuestra fe creando nuestra riqueza en valores como bien heredable a futuras generaciones, como presentación ante Cristo a la hora de rendir nuestras credenciales espirituales. La idiosincrasia, la peculiaridad de nuestros actos y la forma de vivir la fe son motivo de atención desde nuestras oraciones. Esta Asamblea de Oración es cómplice de todas y cada una de las experiencias únicas de los diferentes Hermanos, el inmenso tesoro que será heredado para saciar las arcas de amor a los cristianos.

La seriedad de nuestras meditaciones es fiel reflejo al acercamiento de la Pasión y muerte representada en nuestras plegarias, el bien espiritual que vamos acumulando para generaciones venideras. La figura del templario acompañando a Cristo y en consonancia con el nombre de la Orden, nos hace reflexionar sobre el papel de los hermanos de luz y amor en los actos que nos convocan a convivir sin guardarnos nada para nosotros mismos. Es hora de valorar el sufrir y el sentimiento de esas personas anónimas que, tras el ornamentado manto de nuestra espiritualidad, que esconde todos los sentimientos de un instante, forman la base y el humano ornamento de la figura de nuestro Cristo y nuestra Madre. Las incansables oraciones en las que compartir ilusiones, tristezas, angustias y dolor, son la razón de ser de una Hermandad Templaria que ensalza los valores cristianos de una sociedad mutilada del amor más puro y grande, el Amor a Dios, el Amor como herencia, el amor expresado y repartido a todos los hombres y poder clamar, sin miedo, que fuimos bellos corazones que dejaron su huella, su herencia para nuevos cristianos, futuras almas que bebieron de la fuente inagotable de nuestra fe, nuestro amor.

El aprendizaje ha de ser punto de partida para que la evolución del Temple sea un hecho real, un objetivo basado en encontrar un fin cristiano que sea la formación continua de nuestros hermanos. Las nuevas actividades han de estar implicadas en el lógico evolucionar de los tiempos, crear nuevas formas de fomentar la vida templaria



Caballero Templario, Caballero de Paz, Caballero de Luz, de Amor y Solidaridad
Fr + Francisco de Paula Checa López

desde la sensibilidad de los acercamientos religiosos, sociales y de solidaridad. Esa evolución de nuestra Orden es el testigo del pensamiento y forma de actuar de los nuevos templarios que conforman las actuales vertebraciones territoriales de nuestra querida Orden. La participación en actos religiosos ha de ser una tarea en la que abrir camino continuo a nuestra fe. Allí dónde se requiera nuestra presencia, el templario llevará su incansable espíritu de paz.

Fr + Francisco de Paula Checa López

Caballero Comendador

Cronista